

de que se había encargado. En vano trató este oficial de calmar la indignación de su soberana con todas las muestras de respeto y de adhesión á su persona que eran compatibles con el rigor de las órdenes que tenía. Indignada la reina, pasó de las reconvenciones á las lágrimas y de éstas á la desesperación. El rey había tomado de manos de Mr. de Romeuf la orden de la Asamblea y la había puesto en la cama en que estaba acostado el Delfín. La reina, en un acceso de cólera, cogió aquel papel, lo arrojó al suelo y lo pisoteó, diciendo que un escrito de aquella naturaleza contaminaría el lecho de su hijo. «Señora, — le dijo entonces aquel joven oficial, — por vuestra salvación y por vuestra gloria os suplico que os hagais superior á vuestro dolor. ¿Quisiérais que otro que yo hubiese sido testigo de semejante acceso de desesperación?» Entre tanto se hacían precipitadamente todos los preparativos de marcha, por temor de que Mr. de Bouillé viniese á apoderarse del pueblo y tratase de dar un golpe de mano. El rey la retardaba cuanto le era posible, y cada minuto que pasaba le parecía ser una probabilidad más de conseguir la libertad; así es que se los disputaba uno á uno á sus carceleros. En el momento de subir á los coches, una de las damas de la reina fingió que la había acometido una indisposición grave y repentina.

La reina dijo terminantemente que no quería salir sin que aquella señora la acompañase, y no cedió sino á las amenazas que se le hicieron de obligarla á marchar á la fuerza, y á los gritos de aquel pueblo impaciente. Tampoco consintió que nadie tocase á su hijo. Cogióle ella misma en brazos, le subió al coche, y la régia comitiva, escoltada por tres ó cuatro mil guardias nacionales, se encaminó lentamente hácia Paris.

XXV

¿Qué hacía el marqués de Bouillé durante esta larga y penosa agonía del rey? Como hemos visto, había pasado la noche á las inmediaciones de Dun, pueblo que dista seis leguas de Varennes, esperando el correo que debía anunciarle la aproximación de los carruajes. A las tres de la mañana, viendo que nadie llegaba, y temiendo ser descubierto, se volvió á Stenay, para desde allí poder expedir órdenes á sus tropas si el rey sufría algún contratiempo. Llegó á las cuatro y media á su destino, precisamente en el momento en que los dos oficiales que había dejado el día anterior en Varennes y el comandante del escuadrón, á quien sus soldados habían abandonado, llegaban al mismo punto. Por ellos supo que el rey se hallaba detenido desde las once de la noche. Lleno de sobresalto, y atónito de que esta desgracia no hubiese llegado ántes á su noticia, dió orden inmediatamente al regimiento Real Aleman de montar á caballo y seguirle. El coronel ya había recibido orden la noche anterior de tener ensillados los caballos, pero no la había cumplido; así es que se perdieron tres cuartos de hora en esta operación, á pesar de que Mr. de Bouillé envió á su hijo al cuartel para acelerarla. Nada podía hacer el general sin este regimiento, por cuya razón, en cuanto estuvo formado en batalla fuera del pueblo, se dirigió á él con toda franqueza para sondear los ánimos. «Soldados, — les dijo, — el rey, que iba á poner en vuestras manos su libertad y aún su vida, se halla detenido en Varennes é insultado y cautivo en poder de los municipales. Oid sus órdenes: os está esperando, y cuenta impaciente los minutos. Vamos á libertarle y á volverle á la nación. Yo voy al frente de vosotros; seguid-

me.» Estas palabras fueron acogidas con el mayor entusiasmo, y Mr. de Bouillé distribuyó seiscientos luises entre aquellos soldados, que se pusieron en marcha inmediatamente.

De Stenay á Varennes hay nueve leguas de camino montañoso, que Mr. de Bouillé anduvo con toda la celeridad que el terreno permitía. A corta distancia de Varennes se encontró con un destacamento del Real Aleman detenido á la entrada de un bosque por unos guardias nacionales que hacían fuego sobre él. Entonces, tomando él mismo el mando de la vanguardia, arrolló á aquellos hombres y llegó á las nueve y cuarto delante de Varennes.

El todo del regimiento llegó poco despues, y Mr. de Bouillé reconocía el pueblo para ver por dónde podría dar el asalto, cuando vió un escuadrón de húsares que, según parecía, estaba también de observación. Este escuadrón era el de Dun, mandado por Mr. Deslons, que había pasado allí la noche aguardando refuerzos. Este jefe, en cuanto vió al general, se dirigió á él y puso en su conocimiento que ya hacía más de una hora que se habían llevado al rey. Dijo igualmente que el puente estaba roto, que en todas las calles había parapetos, que los dragones de Clermont y los húsares de Varennes habían fraternizado con el pueblo, y que Mrs. de Choiseul, de Damas y de Goguelat estaban prisioneros. Desesperado Mr. de Bouillé al oír estas nuevas, pero sin desanimarse, determinó seguir al rey y arrancarle de manos de los que le conducían. A este efecto envió exploradores á sondear los vados del río; pero á pesar de haber varios, no se encontró más que uno. Así las cosas, supo que las guarniciones de Verdun y de Metz, con alguna artillería, avanzaban precipitadamente á reunirse al pueblo para prestarle su apoyo. La campiña estaba cubierta de guardias nacionales y de tropas; los soldados que tenía á sus órdenes empezaban ya á vacilar, y los caballos, rendidos por una marcha de nueve leguas, no podían llegar ántes que el rey á Saint-Menehould. La energía de este hombre desapareció cuando ya no le quedó ninguna esperanza, y el regimiento Real Aleman volvió grupas. Mr. de Bouillé le condujo hasta las puertas de Stenay, guardando todo el mundo el más profundo y sombrío silencio. Entonces el general, seguido de los oficiales que más se habían comprometido en esta empresa, se dirigió al Luxemburgo y pasó la frontera perseguido por la espalda, ansiando que una de aquellas balas que le dirigían terminase su existencia, y con ella el martirio que interiormente sufría.

XXVI

Retrocedían entre tanto los coches del rey por el camino de Chalons con toda la velocidad que era posible á los guardias nacionales, que se relevaban á menudo, por cuya razón podían andar más de prisa. Pueblos enteros acudían á las orillas del camino por ver á aquel rey cautivo, conducido en triunfo por el pueblo, que se había creído vendido por él. Las picas y las bayonetas de los guardias nacionales apenas podían abrirse paso á través de aquel gentío inmenso que se renovaba sin cesar, pero era mayor cada vez. Los gritos, las amenazas, las risotadas y los insultos se sucedían sin interrupción, y el clamoreo del pueblo y sus vociferaciones eran tan continuados como el movimiento de las ruedas del coche. Este viaje fué para Luis XVI y su familia un calvario de sesenta leguas, en las que cada

paso fué un suplicio. Sólo un caballero anciano, llamado Mr. de Dampierre, acostumbrado al culto respetuoso que á los reyes se habia tributado hasta entónces, quiso aproximarse al coche á manifestar á sus señores la compasion que su desgracia le infundia; pero fué asesinado al lado de las ruedas del carruaje, y la familia real tuvo que pasar por aquel ensangrentado cadáver. La fidelidad era el único delito imperdonable para aquella turba de precitos. El rey y la reina, que habian hecho ya interiormente el sacrificio de sus vidas, llamaron á sí todo el valor y toda la dignidad que debia acompañarles en tan cruel trance. El valor pasivo era la virtud de Luis XVI, y parecia que el cielo, que le habia destinado al martirio, le habia dotado desde su nacimiento de cierta resignacion heroica para ver la muerte sin sobresalto. La sangre fria de la reina, unida á su orgullo y al odio que le inspiraba aquel pueblo desenfrenado, le hacian corresponder con desprecio á los insultos que por todas partes le dirigian. Madama Isabel imploraba en voz baja el socorro de lo alto, y los dos niños admiraban la ira de aquel pueblo que se les habia enseñado á amar, y en el que no veian sino furias más bien que hombres. La augusta familia no hubiera entrado viva en Paris si los comisionados de la Asamblea, cuya presencia imponia algun tanto al pueblo, no hubiesen llegado á tiempo de intimidar y apagar aquella sedicion, en cuanto les fué posible hacerlo.

Los comisionados encontraron los carruajes del rey entre Dormans y Epernay, y allí leyeron al rey y al público las órdenes de la Asamblea, por las cuales se les conferia el mando en jefe de las tropas y de los guardias nacionales en toda la línea, al mismo tiempo que se les encargaba que atendiesen muy particularmente, no sólo á la seguridad de S. M., sino tambien á que se le guardase el respeto debido á su persona. Barnave y Petion subieron inmediatamente á la berlina del rey para participar de sus peligros y escudarle con sus cuerpos; pero aunque lograron libertarle de la muerte, no pudieron impedir que fuese insultado continuamente. Todas las personas en quien se suponía aún un resto de respeto ó de adhesion al monarca eran bajamente ultrajadas.

Un eclesiástico quiso acercarse al coche, y notando el pueblo en su semblante algunas señales de respeto y de dolor, se apoderó de él, le derribó á los piés de los caballos, é iba ya á sacrificarle á los ojos de la reina, cuando Barnave tomó la resolucion sublime de sacar casi todo el cuerpo por la portezuela, y dirigiéndose á aquellas gentes, les dijo: «Franceses, ¿quereis convertirlos en un pueblo de asesinos, cuando hasta aquí se ha llamado nuestra nacion la de los valientes?» Admirada madama Isabel del valor de Barnave, y temerosa de que cayese por la portezuela y fuese asesinado allí mismo, le agarró por los faldones de la casaca mientras dirigia estas palabras á aquellos hombres furiosos. Desde este momento, tanto la princesa como el rey y la reina, concibieron una gran estimacion hácia Barnave, y á la vista de un corazon generoso en medio de tantos otros pervertidos y crueles, se entabló cierta correspondencia secreta entre sus almas y la del jóven diputado. No conocian las personas reales á éste sino por la fama que de faccioso tenia, y quedaron atónitas al encontrar un protector respetuoso en el mismo hombre en quien no habian visto hasta entónces sino un enemigo insolente. La fisonomía de Barnave era un tanto severa, aunque graciosa y franca. Sus maneras eran elegantes y su lenguaje decoroso y decente, cubriendo todo esto en aquel momento cierta



BARNAVE.

tristeza sombría al considerar el lamentable estado de abatimiento en que se veían tanta beldad y tanta grandeza. El rey, en los momentos de calma y de silencio, le dirigía la palabra y hablaba con él de los acontecimientos que se estaban verificando á su vista. Barnave respondía como hombre adicto á la libertad, pero que, fiel al trono, jamás separaba en sus planes de regeneracion la causa de la nacion de la de la monarquía. Lleno de consideraciones hácia la reina, hácia madama Isabel y hácia los augustos niños, ponía el mayor esmero en ocultarles, en cuanto le era posible, los peligros y las humillaciones del camino. Contenido sin duda por la presencia de Petion, si no confesó en alta voz hallarse vencido por la compasion y por la admiracion respetuosa que le inspiraban las personas reales, al ménos se traslucian estos sentimientos en todos sus actos, y puede decirse que se estableció cierta inteligencia entre él y los ilustres cautivos, aunque no pudo conocerse exteriormente sino por las miradas significativas que mutuamente se dirigian. Pronto conoció la familia real que habia conquistado á Barnave cuando todos la abandonaban por otra parte, y la conducta que observó este diputado en lo sucesivo confirmó la idea que de él se habia concebido. Audaz contra el poder, quedó desarmado ante las gracias, la debilidad y el infortunio. Esta fué la causa de su muerte, pero hizo grata su memoria. Hasta entónces habia sido elocuente; en lo sucesivo mostró que tambien era sensible. Petion, por el contrario, permanecía frio como un sectario, y afectaba delante de la familia real una brusca familiaridad. Cuando comia en el coche, arrojaba las mondaduras de la fruta por delante del rey, aunque estaba léjos de la portezuela, y cuando madama Isabel le servia de beber, levantaba el vaso, sin darle gracias, para denotar que tenia ya bastante. Habiéndole preguntado Luis XVI si estaba por la república ó por el sistema de las dos Cámaras, le respondió: «Estaria desde luégo por la república, si creyese que mi país estaba bastante maduro para adoptar esta forma de gobierno». Ofendido el rey, no le contestó ni volvió á dirigirle la palabra hasta Paris.

Los comisionados habian escrito desde Dormans á la Asamblea el itinerario que llevaban, y el dia y hora en que debian llegar. Cuanto más se aproximaban á Paris, mayor era el peligro, y la Asamblea tuvo que desplegar mucha energía y usar de gran prudencia para asegurar la inviolabilidad de la persona del rey. Hasta el pueblo volvió á recobrar el sentimiento de su dignidad ante aquella gran satisfaccion que le ofrecia la fortuna, y no quiso deshonrar su triunfo. Por todas partes se veian pasquines con estas palabras: *El que vitoree al rey será apaleado; al que le insulte se le ahorcará*. El rey durmió en Meaux la noche ántes de llegar á Paris, y los comisionados pidieron á la Asamblea que estuviese en sesion permanente para atender al remedio de los lances imprevistos que pudiesen acaecer al entrar en Paris. La Asamblea lo hizo. El héroe de aquel dia fué Drouet, el hijo del maestro de postas de Saint-Menehould, verdadero autor del arresto del rey. Comparció este jóven en la Asamblea, y habló en estos términos: «Soy un antiguo dragon del regimiento de Condé, y Guillermo, mi camarada, servia en los dragones de la Reina. El 21 de Junio, á las siete y media de la tarde, llegaron á mi casa dos carruajes y allí mudaron los tiros. Entre los que iban dentro conocí al rey y á la reina; pero temeroso de engañarme, resolví marchar á Varennes por un atajo para llegar allí ántes que los coches. Llegué en efecto á las once de la noche, hora en que todo el mundo dormia. La noche estaba muy oscura, y los coches se

habian parado por haberse armado una disputa entre los conductores y los postillones, que no querian pasar de allí. Entónces me dirigí á mi amigo, y le dije: «Guillermo, ¿eres buen patriota?» «¿Puedes dudarle?»—me respondió éste. «Pues bien, el rey está aquí y es preciso detenerle.» Entónces atravesamos en el puente una carreta que allí habia cargada de muebles, y buscamos otros ocho compañeros de confianza, nos escondimos detras de aquella especie de parapeto, y al llegar los coches salimos de repente, intimando á los viajeros que nos enseñasen los pasaportes. «Vamos muy de prisa, señores»,—dijo la reina. Nosotros insistimos todavía más, y haciendo apeaar á los viajeros, los condujimos á casa del síndico procurador. Entónces Luis XVI nos dijo espontáneamente: «Yo soy vuestro rey, y esta señora y estos niños son mi esposa y mis hijos: tratadnos con todas las consideraciones que los franceses han guardado siempre á sus soberanos». Al oír esto, acudieron los guardias nacionales, los húsares se pasaron á nuestro partido, y nosotros, despues de haber cumplido con nuestro deber, nos retiramos á nuestras casas en medio de los aplausos y felicitaciones de nuestros conciudadanos. Hoy comparecemos ante la Asamblea nacional á ofrecerle nuestros servicios». Largos y repetidos aplausos siguieron á este no muy elocuente discurso.

La Asamblea decretó que, en cuanto llegase Luis XVI á las Tullerías, se estableciese una guardia bajo las inmediatas órdenes de Mr. de Lafayette, que respondiese de la persona del rey. Malouet fué el único que protestó contra esta detencion forzosa, que atacaba á la vez la inviolabilidad del rey y la Constitucion, supuesto que el poder legislativo y el ejecutivo no son más que uno mismo. Alejandro Lameth rebatió la proposicion de Malouet, y declaró que la Asamblea se habia visto obligada á tomar, y debia conservar hasta que se terminase la Constitucion, una dictadura adquirida en fuerza de los acontecimientos; pero que, siendo la monarquía una forma necesaria á la centralizacion de las fuerzas de un pueblo tan grande, la Asamblea, despues que estuviese bien marcada la division de ambos poderes, volveria á aceptar las condiciones de la monarquía.

XXVII

En este momento entraba en Paris Luis XVI. Eran las siete y media de la tarde del 25 de Junio. Desde Meaux hasta los arrabales, el gentío se habia ido aumentando progresivamente con todos los habitantes de las inmediaciones de Paris, en cuyos rostros estaban pintadas las diferentes pasiones de que sus corazones estaban poseidos. Sin embargo, no se oía un insulto, y si alguno se proferia, era á media voz. Un millon de miradas pronunciaban sentencia de muerte contra los que iban en los coches, pero nadie despegaba los labios. Esta sangre fria no escapó á la penetracion del rey.

El dia era muy caluroso, y un sol ardiente reverberado por las bayonetas abrasaba aquella berlina en que iban amontonadas ocho personas. La nube de polvo que levantaba medio millon de espectadores era lo único que ocultaba de cuándo en cuándo la humillacion del rey y de la reina, que se sofocaban en aquel estrecho recinto. Por la frente de los niños corria un copioso sudor, y casi les faltaba ya la respiracion. Alarmada la reina al ver el estado de sus hijos, bajó precipitadamente uno de los vidrios, y tratando de enternecer á la multitud, le dirigió

la palabra diciendo: «¡Ved, señores, en qué estado tan lamentable están mis pobres niños! ¡Nos ahogamos aquí dentro!» «Ya te ahogaremos de otro modo»,—le respondieron á media voz aquellos hombres feroces.

De cuándo en cuándo forzaba la multitud la doble fila de soldados que habia en todo el tránsito, y alguno de aquellos hombres implacables se subia á los estribos del coche para contemplar en silencio y gozarse en el martirio que sufrían todas las personas reales. Las cargas de la gendarmería restablecian el orden momentáneamente, y la comitiva seguia su curso en medio del ruido de las armas y de los gritos de los que eran arrojados al suelo por los caballos. Lafayette, que temia que se cometiese un gran atentado en las calles de Paris, previno al general Dumas, que mandaba la escolta, que no atravesase la ciudad, y mandó formar las tropas á tres de fondo desde la barrera de la Estrella hasta las Tullerías. La guardia nacional y los suizos estaban tambien formados en batalla, pero no bajaban sus banderas para saludar á su amo. Ningun honor militar se hizo al jefe supremo del ejército.

XXVIII

Los coches entraron en el jardin de las Tullerías por el puente levadizo. Lafayette habia salido á caballo con su estado mayor á recibirlos, é iba delante de todos. Una inmensa turba habia invadido el jardin y obstruia las puertas de palacio; de suerte que la escolta apenas podia abrirse paso. A todo el mundo se le obligaba á estar cubierto, y únicamente Mr. de Guillermy, miembro de la Asamblea, se quitó el sombrero y se mantuvo con él en la mano, á pesar de los insultos que de todas partes le dirigian. Viendo que el pueblo iba á emplear la fuerza para obligarle á imitar el insulto general, arrojó el sombrero lo más léjos que pudo, de modo que hizo imposible que se le volviesen á traer. Entónces la reina vió á Mr. de Lafayette, y temiendo que asesinasen á los fieles guardias de corps que iban en los pescantes, le llamó á gritos, diciéndole: «¡Señor de Lafayette, salvad á los guardias de corps!»

La familia real bajó de la berlina al pié del terraplen, en donde Barnave y Petion se la entregaron á Mr. de Lafayette. Los guardias nacionales cogieron en brazos á los niños, y el vizconde de Noailles, miembro del lado izquierdo de la Asamblea, corrió á ofrecer el brazo á la reina. Indignada ésta, le rechazó, dirigiéndole una mirada en que se manifestaba su resentimiento, y dió el brazo á un diputado del lado derecho que se hallaba allí. Tanto abatimiento no habia sido suficiente á dominar su orgullo, y toda la dignidad del imperio se hallaba reconcentrada en el corazon de una mujer.

Los gritos prolongados de la multitud á la entrada del rey en las Tullerías anunciaron á la Asamblea el triunfo que habia obtenido, y la sesion se interrumpió por espacio de media hora. Al poco rato entró precipitadamente un diputado en el salon, diciendo que los tres guardias de corps estaban en poder del pueblo, que queria despedazarlos. Al momento salieron veinte diputados para salvar á aquellos leales, y muy pronto volvieron á entrar, porque los sediciosos se habian contenido en cuanto los vieron. Estos diputados contaron, al volver, que habian visto á Petion cubriendo con su cuerpo la portezuela de la berlina del rey. Al poco